

Discos Manta

Víctor Pliego

Los piratas han vuelto. Como en los viejos tiempos (o en las canciones de Bertolt Brecht) su pretendida maldad o bondad es cuestión de interés. A quienes desde España llamábamos criminales eran héroes para la corona británica y al revés. Las casas discográficas han lanzado una voz de alarma contra la piratería, ahora que el mito del libre mercado ha comenzado a devorar a sus padres. Los consumidores buscan y compran las grabaciones más baratas, aprecian la labor de los “robines de los bosques” que sisan a las multinacionales y proponen a los horrorizados empresarios que ajusten sus beneficios propios y no solo los salarios ajenos.

Por muchos gastos que haya, ¿cómo es posible que una copia semiartesanal cueste la quinta parte que un ejemplar fabricado en serie industrial? Las empresas legitiman sus intereses invocando a la rentabilidad y a la cultura, como si ambas tuvieran la misma importancia para el progreso de la humanidad.

Pero si echamos un vistazo al catálogo de los manteros, veremos que únicamente cuenta con superéxitos cuya rentabilidad está muy lejos de peligrar y que tienen poco que ver con la prestigiosa cultura a la que apelan las compañías. El pirateo es consecuencia directa de unas campañas propagandísticas que despiertan entre las gentes amores insensatos.

Albert Pla ha reconocido públicamente que a él le encantaría ver sus discos entre los top-manta. No cabe duda de que sería un timbre de distinción y una prueba indiscutible de su éxito.

A pesar del lloriqueo de los mercaderes, los beneficios por derechos de autor no han dejado de multiplicarse. Hay ladrones de guante blanco que nos meten las manos en los bolsillos y que nos cobran sin pedir permiso por toda la mierda con la que llenan nuestras orejas. ¿Quiénes son entonces los verdaderos piratas? También los editores lanzan campañas tremebundas contra las fotocopias, a pesar de que éstas no son gratis ni mucho menos.

Las industrias que se llaman culturales tratan de controlarlo todo. Pronto la emprenderán contra las bibliotecas, contra las fonotecas, contra el préstamo entre amigos y contra las peluquerías en las que a diario pasan de mano en mano las mismas revistas. No está lejos la hora en que triunfe el control total. No dejarán de cobrarnos ni un céntimo por cada nota que escuchemos, por cada imagen que veamos, por cada palabra que leamos. Los piratas nunca se fueron: hoy navegan por océanos de dinero impulsados por vientos virtuales. Los manteros de altura vuelan sobre alfombras mágicas.